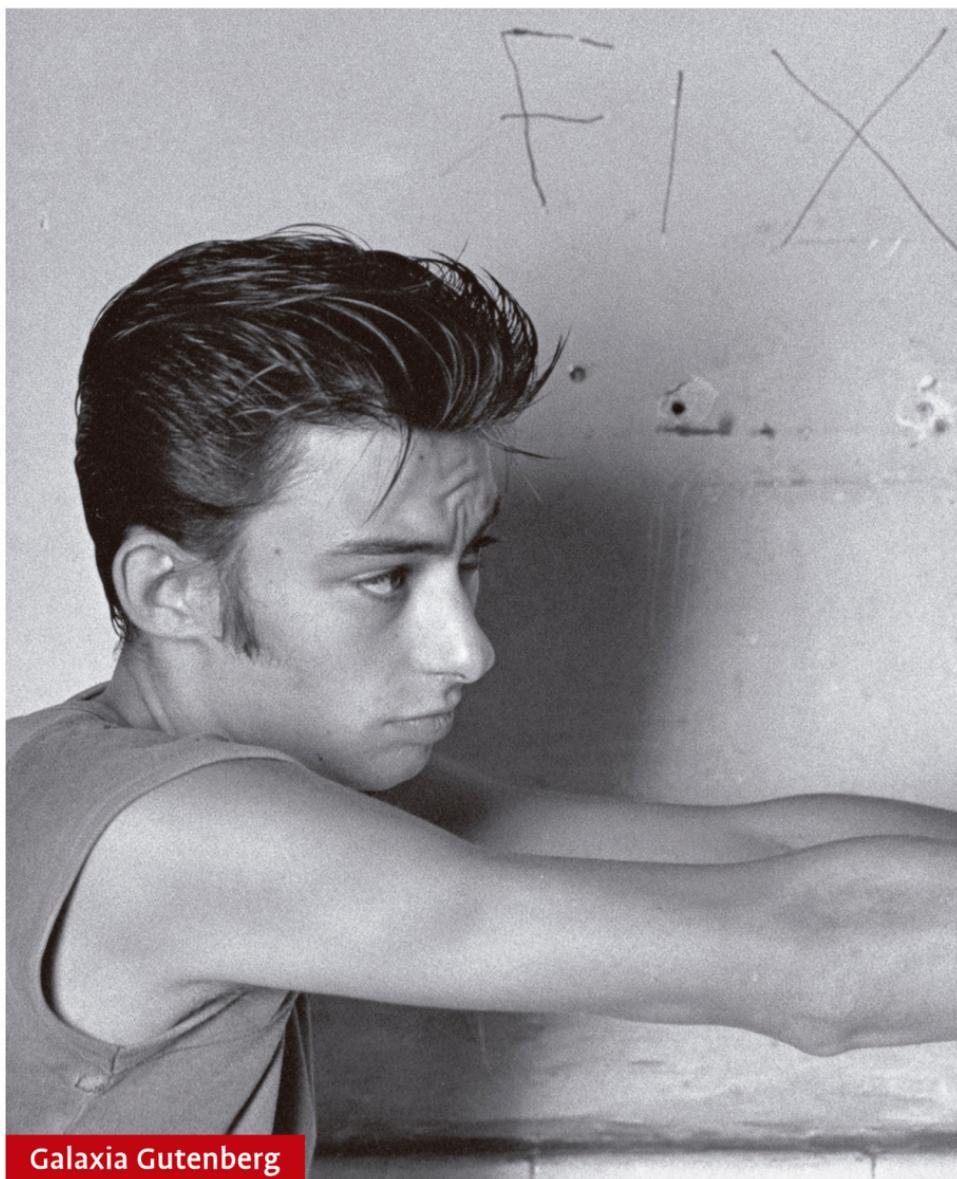


Alberto de la Rocha  
**Los años radicales**



ALBERTO DE LA ROCHA

# Los años radicales

Galaxia Gutenberg



## Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XIV Premio Málaga de Novela, concedido el 18 de diciembre de 2020 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Berta González de Vega y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2021

© Alberto de la Rocha, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 163-2021  
ISBN: 978-84-18526-23-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Todos mis mejores amigos están muertos.  
Pero yo puedo oírlos,  
puedo penetrar en sus mentes.

M. DAVIS

Desde entonces aprendí, y con dolor,  
que siempre hay algo que no puedo atrapar  
y que siempre hay algo que no quiere salir.

A. GARCÍA-ALIX

MADRID  
Primavera

Cuando la llamada por fin se corta al otro lado, tengo la desconcertante sensación de que el auricular del teléfono ha aumentado de peso en mi mano, de que la masa de la Tierra lo reclama ahora con mayor intensidad. Aunque no utilizo apenas el teléfono fijo y quizá todo se deba a la falta de costumbre. La niña, por supuesto, me ha llamado al fijo. Tiene sentido, pues lo que ella representa es algo perdurable, arcaico, ancestral. Incluso habría sido más coherente que me hubiera enviado un emisario para darme la noticia.

Devuelvo el auricular a la horquilla del teléfono y en las yemas de los dedos noto un tenue escozor, como un tacto de fiebre. Caigo en la cuenta de que antes he estado manipulando trementina. Esta puede ser la explicación: no un aumento del peso del auricular sino una ligera quemadura química. Me froto las manos contra la tela de la bata, que de pronto se ha vuelto rugosa como arpillera, y me vuelvo hacia el ventanal.

En los minutos que ha durado la conversación (¿cinco?, ¿diez?, soy incapaz de calcularlo, ¿doce?), la luz que entra en el estudio ha cambiado. Pero sigue haciendo sol, en el cielo no hay ni una nube. Parece más bien que la luz se ha vuelto más nítida, incisiva, y acentúa la textura gra-

nulada de las cosas. El tresillo hundido y cómodo donde me tumbo a descansar, las pilas de libros en el suelo, los frascos de cristal con líquidos turbios y pigmentos, las bolas de papel y los trapos manchados, las tazas con té reseco en el fondo, todo lo que hay en este estudio, que antes era el enorme comedor del piso, está iluminado por una claridad distinta y reveladora. ¿Y si son mis ojos y no la luz? Aprieto con fuerza los párpados, me los restriego con los nudillos. Por mi garganta trepa un hormigueo, las incontenibles ganas de fumar. Empujo con el hombro la puerta que da a la terraza, y salgo.

Saco del bolsillo de la bata el paquete de tabaco y el mechero. Con el cigarrillo entre los labios, ladeo la cabeza para encenderlo. Pero antes de que la punta de la llama toque el cigarrillo, el torreón del edificio de enfrente se abalanza sobre mí. La erguida mole de ladrillo y pizarra crece en la esquina de mi ojo y amenaza con aplastarme. Devuelvo el mechero al bolsillo y me despego del labio el cigarrillo apagado. No, el torreón no se mueve, pero su presencia al otro lado de la calle, con la que estoy familiarizado desde hace décadas, ha adquirido una rotundidad exacerbada y a un mismo tiempo precisa, como si lo viera por primera vez. Se me escapa una carcajada. Cualquiera diría que me he tomado un ácido.

Rápido, llevo la mirada de un sitio a otro de la terraza: las jardineras con plantas muertas que hay junto al pretil, la silla de plástico rojo, el cenicero casi oculto por la montaña de colillas, el aparato del aire acondicionado, mi propia mano agarrando el cigarrillo... Todo se me muestra bajo una luz diferente. Pero esto es una forma de hablar, porque no es la luz, el cielo sigue despejado y resplandeciente, y creo que tampoco son mis ojos.

En ocasiones, al añadir a un cuadro una pincelada, si su color es vivo, todos los demás colores quedan alterados. Y ya da igual que eliminemos la estridente pincelada, que la tapemos: el cerebro ya no ve el resto de colores como antes, las relaciones cromáticas entre ellos se han modificado. Me pregunto entonces: ¿tanto me ha afectado la llamada de la niña?, ¿ha sido su llamada esa pincelada que lo desbarata todo?

Ahora sí, enciendo el cigarrillo. La primera calada no tiene ese dulzor tostado del tabaco rubio, ni la segunda tampoco, ni la tercera. Me lleno los pulmones con el aire templado de la mañana de abril, chasqueo la lengua contra el paladar, trago saliva, y vuelvo a fumar. Pero nada, el cigarrillo me sabe a otra cosa, no mal, a otra cosa. Así que no solo me ha afectado a la visión, también al gusto. ¡Y al tacto!: por eso el auricular del teléfono –pienso ahora– se ha vuelto antes más pesado y su superficie de baquelita resultaba desconocida a las yemas de mis dedos. Aplasto el cigarrillo en el cenicero desbordado. Vuelvo al estudio.

Y cuando cruzo el umbral, un poco aturdido por estas sensaciones adulteradas (pero no están más disueltas sino más puras, concentradas hasta volverse casi insoportables), veo mi rostro reflejado en el suelo. Me detengo. Parpadeo y me estrujo las manos. Estoy empezando a tener miedo. Si me hubiera tomado un ácido, esto sería el principio de un mal viaje. Pero mi rostro está ahí, no me lo invento, reflejado en el espejo rectangular que dejé apoyado entre el suelo y la pared, ya no recuerdo para qué, ni hace cuánto. Y porque no esperaba verme, y sin duda por esta confusión afilada y lúcida que llevo unos minutos sintiendo, registro mi propio rostro como si me

lo encontrara por primera vez, como si perteneciera a otra persona. Horrorizado, descubro en él –en mí– el labio de la familia. El labio Mengs. Cielo santo.

En la casa de Asturias, la casa de la familia, hay un retrato pintado por Mengs. Es pequeño, una tabla de veinticinco por veinte (era importante que pudiera transportarse con facilidad). El óleo está muy oscuro, ahumado; estaría colgado durante décadas, o algún siglo, en una habitación cuya chimenea tenía un tiro deficiente. Llevo escuchando la historia de esa tabla desde que era niño, y supongo que antes mi padre, y mi abuelo, y mi bisabuelo. Las deformaciones, por tanto, serán múltiples y escurridizas. No descarto haber colaborado con alguna sin querer, aunque yo no le he contado la historia a ningún hijo.

Mi antepasado se llamaba Alonso. Alonso el Perseverante, Alonso el Contumaz, Alonso el Pretencioso. A Alonso se le metió en la cabeza hacerse un retrato para colgarlo en la pared, un retrato que estuviera por fin a la altura del linaje de la familia. Preguntó quién era el mejor pintor y alguien en Asturias le contestó que Anton Raphael Mengs, que por entonces trabajaba en la corte de Carlos III. Alonso el Pretencioso, después de saberlo, ya no pudo conformarse con otro artista que no fuera el mejor. O Mengs o nada. Hizo las maletas y se fue a Madrid.

El tiempo que Alonso el Perseverante estuvo en la capital del reino es una incógnita: semanas, meses. Llegué a escuchar una versión, probablemente exagerada, que hablaba de «dos inviernos». Pero no se exagera lo

que no es notable de por sí. Si Alonso hubiera conseguido su objetivo en un viaje breve, en la familia se habría exagerado esa rapidez: Alonso el Veloz, Alonso el Relámpago, que consiguió que Mengs le pintara el retrato en una tarde. No, debió de pasar en Madrid mucho más tiempo de lo esperado. Persiguió al pintor cortesano por toda la capital, en su estudio, por las tabernas, por los lupanares, en su misma casa. Se cuenta que Alonso (¿el Juerguista?) estuvo toda una noche de farra con Casanova, quien residía en Madrid en aquella época y se movía en el círculo del pintor. En cualquier caso, Mengs, personaje malhumorado y mezquino, se negaría en un primer momento a las pretensiones de aquel paleta con cerrado acento cantábrico. ¿Por qué accedió finalmente, después de semanas de persecución, de meses, de «dos inviernos»? Precisamente porque era mezquino y no se pudo resistir a la cuantiosa bolsa de dinero que Alonso el Contumaz puso en su mano. El primer pintor de Carlos III retrató a mi antepasado en una tabla pequeña, pues tenía que ser transportada a Asturias en un viaje de varios días.

El viaje de vuelta de Alonso con el cuadro también tiene sus leyendas. He escuchado anécdotas con bandoleros y emboscadas, con duelos, con hogueras en las que el Mengs estuvo a punto de arder, y por supuesto, de nuevo, con el socorrido e irresistible Casanova. He llegado a oír (pero no descarto habérmelo inventado yo) que Alonso, poco después de salir de Madrid, fue perseguido por Casanova, quien quería hacerse con la tabla y así vengarse por lo mal que lo había tratado Mengs durante su estancia en Madrid, vengarse y cobrar la afrenta con la apropiación de una pieza del

pintor más cotizado del reino. Esta versión habla de una persecución con encabritados faetones por los desfiladeros de la Sierra de Guadarrama. Pero, con franqueza, dudo que mi pueblerino antepasado, más familiarizado con las vacas que con los caballos de posta, ganara esa loca carrera al astuto y ventajista Giacomo. Esta anécdota ha de ser una patraña.

Podría pensarse que el Mengs, cuya sombra se cernió ahumada y espesa sobre mi infancia, influyó decisivamente en mi vocación. Nada más lejos de la verdad. Yo me marché de Asturias a los dieciocho años huyendo de ese cuadro. Es decir, de mi familia, del indefectible labio de mi antepasado en ese retrato.

Mengs pintó al terco Alonso como un bobalicón con ínfulas, tal y como debía de ser: dos ojos muy juntos y pequeños que miran asustados, una informe nariz tubércula, las mejillas curtidas por el viento frío de los prados y, en el centro de la composición, el contagioso labio inferior, que se ha venido reproduciendo en todos los varones de la familia y, que yo recuerde, en una tía-abuela soltera que, tras su muerte, deduje que era lesbiana. El labio Mengs está proyectado hacia delante y ligeramente descolgado. Es un labio bovino y perplejo. Su color abarca una paleta que va del rosado pálido de longaniza cruda al cárdeno venoso de los tenaces bebedores de sidra. Aunque en los hombres de mi familia ha habido de todo, es sin lugar a dudas el labio de un mas-tuerzo. ¿Por qué Mengs lo pintó así? ¿Por qué no lo embelleció, cuando además Alonso pagó el encargo con largueza? ¿Se vengaba ladinamente de la persecución a la que mi antepasado lo había sometido, como hizo Picasso con Stalin en su polémico retrato?

Siempre creí que me había salvado del labio Mengs, que las leyes de la genética habían hecho una excepción conmigo. Pues bien, ahí está el labio, en el espejo del suelo, irrefutable. Es cierto que el ángulo es anómalo, pero justamente esta perspectiva inusual es la que me ha abierto los ojos. Bueno, la perspectiva y, sobre todo, la casi insoportable clarividencia que lleva unos minutos afectando a mis sentidos como una potente dosis de LSD.

Ha sido necesaria la llamada de la niña para que, tras cincuenta años, descubra que no he conseguido huir del labio Mengs, de mi familia. Que soy uno más de ellos.

Resulta extraño tratar de usted a una niña de trece años. Varias veces he estado a punto de tutearla. Probablemente se me habría escapado si hubiera hablado más, pero apenas he pronunciado unas cuantas frases, he tenido pocas ocasiones de confundirme. En un determinado momento, he titubeado al abrir la boca para decir «Eres muy amable», pero ella habrá creído que era un tartamudeo a causa de la impresión por su llamada: «E-e-es muy amable». Estará habituada a provocar ese efecto en sus amedrentados interlocutores. ¿Cómo la tratarán sus compañeras de clase? ¿Y los profesores?

En contra de mis principios (aunque últimamente bastante desgastados), siento cierta simpatía por la niña, y también una pizca de compasión. Y, por encima de todo, me provocan un firme desprecio los que se meten con ella, los que la critican con abusona saña o histérica crueldad. Es una niña, por el amor de Dios, no tiene culpa de nada. Debe cumplir una misión que ella no ha elegido, que no ha tenido la oportunidad de rechazar.

Yo sí pude huir de Asturias, de mi familia, pero ella no puede hacerlo, está condenada. Cuando la veo tan formal y educada, tan adulta, mirándolo todo con esos grandes ojos azules, creo vislumbrar un espíritu inteligente, templado, estoico, que sería un desafío capturar en un retrato (alguien lo estará haciendo ya). Madre mía, si me escucharan mis viejos amigos...

No se me han calmado las ganas de fumar, pero no quiero probar otro cigarrillo, sigo percibiéndolo todo a través de un filtro alucinado. Me dejo caer en el tresillo y me recuesto; quizá me venga bien estar tumbado un rato. Alzo los brazos para metérmelos debajo de la cabeza y aprovecho para mirar el reloj: las doce y media. ¿Habrá faltado la niña al colegio toda la mañana únicamente para llamarme? A estas horas tendría que estar en clase. Ahora creo recordar que de fondo, al principio de su llamada, se oía un murmullo hueco, como de voces y ruidos amplificadas por el eco de un pasillo o una estancia grande. ¿Habrá salido un momento de clase para no perder toda la mañana?

Estaba apurando el segundo té del día cuando ha sonado el teléfono. No me suelen llamar al fijo y me ha sobresaltado su timbre, metálico y severo como el de una oficina antigua. Me he limpiado las manos en la bata y he descolgado el auricular. Juraría que su peso todavía era normal, no he notado nada raro. Si llego a saber que era la niña, habría contestado de otro modo, con más formalidad, con más ceremonia, no sé. Aunque... ¿cómo se contesta con más ceremonia? Bueno, habría bastado con no toser. Antes de decir nada, he tosido contra el micrófono, una tos cavernosa de fumador que antes ha tenido otros vicios, vicios peores, que

convierten al tabaco en un saludable sustitutivo, un mal menor. Pobre niña.

He tosido y después he dicho:

–Sí. Diga, dígame.

Antes de saludarme, antes de decir «buenos días», la niña ha pronunciado lentamente su nombre. La habrán aleccionado para hacerlo, así el desprevenido interlocutor no tiene ocasión de confundirse y tutearla, como es lógico cuando oyes la voz de una niña. La de ella es aguda pero no infantil, y los giros son un tanto rígidos; quizá seguía las instrucciones de un papel, o había estado entrenando. Este es el tipo de detalles que me produce una arrasadora piedad por la niña. La imagino escribiendo estas cosas en un papel con su letra redonda y aplicada, o practicando en voz alta delante de algún adulto, un consejero o algo parecido, y se me parte el corazón. Solo después de decir quién era, de advertir indirectamente al interlocutor de que no debe tutearla a pesar de sus trece años, la niña me ha dado los buenos días:

–Buenos días.

–Oh... Oh... Buenos días.

Sí, confieso que he balbuceado. Otros se quedarán en blanco, no sabrán qué replicar mientras un escalofrío les recorre la espalda. Más de uno se lo habrá tomado a broma, como una inocentada.

Luego me ha preguntado si yo era yo, pero lo ha hecho enunciando mi nombre completo, que nadie usa y que hacía tiempo que no oía. He tenido la tentación de contestar que no, que yo no soy ese, que hace muchos años que dejé de serlo. Pero he frenado este débil impulso de desacato existencial y he dicho:

–Sí, soy yo.

–Es un placer.

–Lo mismo digo.

–Le llamo para anunciarle algo. Es una buena noticia, no se inquiete.

¿No se inquiete? Ahora me doy cuenta, mientras repaso la conversación tumbado en el tresillo con los ojos cerrados, de que había una chispa de humor en esas palabras. ¿Cómo iba ella a darme una mala noticia, una noticia *inquietante*? No creo que ese comentario se lo haya sugerido un consejero o su profesor de oratoria, era un comentario de su cosecha. El humor es un atributo de las personas inteligentes, y la niña lo es. Mi admiración por ella sigue creciendo.

A continuación se ha atropellado un poco, ha mencionado confusamente un patronato y un jurado y una votación, queriendo pronunciar rápido unas palabras que eran complicadas. Yo tampoco estaba muy lúcido y no he entendido demasiado. Quizá se ha confiado y se ha creído capaz de decirlo sin leer el papel. En cualquier caso, la niña se ha recompuesto enseguida y con voz clara ha proclamado (creo que este es el término adecuado) el motivo de su llamada: me ha sido concedido el premio que lleva su nombre.

Ha habido después un silencio. ¿Estaría este silencio pautado en su papel, incluso con la cantidad concreta de segundos? Era un silencio calculado para que el interlocutor encajara la noticia, pero no tan largo como para que este se enzarzara en unos agradecimientos torpemente serviles, indecorosos. De hecho, yo solo he podido abrir la boca, de la que ha salido un monosílabo exclamativo. Ella, de inmediato, con gran inteligencia, ha desviado la atención:

—Dentro de seis meses, en octubre, nos veremos en Asturias para la entrega del premio. Será un placer poder saludarle en persona. Además usted es de allí, ¿no?, de aquellas tierras. Supongo que le hará particular ilusión.

—Por... Por supuesto. Sí, sí.

—Yo no soy ninguna especialista, no debería hablar de estas cosas, y menos con usted. Pero sí conozco un poco el paisaje asturiano, aquella atmósfera tan especial, y creo que algo de ello está en sus lienzos. Son muy... bonitos.

Me ha enternecido esta declaración de la niña, una mezcla del alambicado discurso que alguien habrá elaborado para ella —«atmósfera», «lienzos»— y de su propia improvisación, con ese cándido calificativo final: «bonitos». Súbitamente ha vuelto a ser una chica de trece años, una chica normal. Por eso, en la réplica que le he dado se me ha escapado tutearla, «eres muy amable», aunque no lo habrá detectado a causa de mi titubeo. O quiero pensarlo así.

—E-e-es muy amable.

Admito que en ese punto me he distraído, se me ha ido un poco la cabeza, en parte por el error de tutearla y en parte por la asimilación de la noticia, que ha ido penetrándome despacio, con retardo, a oleadas crecientes, hasta asentar en mi conciencia la realidad de lo que la niña acababa de anunciarme. Me figuro que ha sido ahí cuando ha comenzado esta percepción anómala, alucinada, esta desazón que me mantiene con los ojos cerrados por miedo a nuevas visiones (el torreón de enfrente abalanzándose, mi rostro en el espejo del suelo, el protuberante labio Mengs en mi rostro, ay).

Cuando he regresado de mi momentánea distracción, la voz aguda y seria de la niña estaba hablando de algo que no he entendido. Pero de pronto ha hecho una breve pausa y ha citado mis «años radicales», así los ha llamado. Como me había perdido sus palabras previas, no tengo la menor idea del modo en que ha tratado el tema, cómo ha llegado hasta él y por qué. La verdad es que me he escandalizado. ¡Yo escandalizado! Me he sentido completamente desnudo, con todas las cicatrices de mi alma, tibias y truculentas, abiertas ante la cristalina inocencia de la niña, como el buey en canal que pintó Rembrandt. ¿Se habrá alguien encargado de instruirla en estas cuestiones tan escabrosas? ¿Debe ella conocer más el mundo que las chicas de su edad? ¿Debe alcanzar antes la madurez?

«Mis años radicales», me gusta la expresión. Radical es lo que va a la raíz, a lo esencial. Suena bien. ¿Se lo habrá inventado ella? No me imagino a ningún consejero sugiriéndole que, para llenar el tiempo, si la conversación se quedaba corta, podía recurrir a ese periodo negro de mi vida, más o menos sabido por todo el mundo pero no confesado públicamente, siempre un poco tabú. Más bien me imagino al consejero, al lado del teléfono, desorbitando los ojos y haciendo aspavientos cuando ella ha tocado el tema. Qué audaz, la niña, qué brillante, me encanta. «Mis años radicales.» Creo que a partir de ahora empezaré a usar yo también esa expresión.

La conversación no ha durado mucho más. El tiempo total no habrá llegado a diez minutos, quizá ni siquiera a ocho. Para terminar, la niña ha mencionado a su padre. Sin duda lo hará siempre, como un aval, como una especie de poderoso conjuro para invocar la pre-

sencia de él, para que el interlocutor se tome a la niña en serio y no olvide a quién está representando, de quién es en el fondo delegada.

–Mi padre me ha dicho que somos familia.

–¿Ah, sí?

–Sí. Familia muy lejana, pero familia.

–Vaya, es posible. Si él se lo ha dicho, será cierto. Su padre sabe más de esas cosas que yo.

–Así que me alegro doblemente por su premio.

–Gracias.

–Bueno, le reitero mi más sincera enhorabuena. Nos veremos dentro de seis meses, en Asturias.

–Allí nos veremos.

–Pase un buen día.

–Usted también.

Ha sido ella la que ha cortado la comunicación, los pitidos de la línea han marcado sus pulsaciones en mi oído. Será preceptivo. Seguro que el protocolo exige que sea la niña, o su padre, o su madre, los que cuelguen primero, igual que son siempre ellos los últimos en llegar a los lugares, o los que pueden dirigir la palabra a la gente y no al revés.

Y ha sido entonces cuando el auricular ha aumentado su peso en mi mano, y el tacto de la baquelita se ha vuelto extraño bajo las yemas de mis dedos, y la incisiva luz del día de pronto tocaba los objetos del estudio de una forma diferente, más concisa y deslumbrante, reveladora. ¿Por qué?

Voy a encenderme un cigarrillo, me da igual cómo sepa. Abro los ojos y espero unos instantes, parpadeando.

Me lleno los pulmones con la última calada, que sigue dejándome en la lengua un sabor enrarecido, y expulso una densa nube hacia la calle. Durante unos segundos, el torreón de enfrente desaparece. Aguardo a que el humo se disipe y clavo los ojos en la sólida construcción. Ya no se mueve, su volumen permanece estable en el espacio, pero sigo percibiendo una rugosidad nueva, una textura encrespada y porosa en todas sus superficies, como si durante los años en que lo he contemplado con una atención distraída el torreón hubiera estado ligeramente desenfocado. Ahora mis ojos registran con una extraordinaria viveza las innumerables anfractuosidades del ladrillo y las lascas azules de la pizarra del tejado, afiladas como cuchillas superpuestas. Se me ocurre que estoy sufriendo un ataque de sinestesia, y que mis ojos tocan los objetos como manos extensibles, y los palpan a metros de distancia y en mi cerebro el estímulo se transforma, y que mi lengua oye el humo del tabaco como un monstruoso tímpano. La piel de la nuca se me eriza y siento otra vez un leve ahogo de miedo, semejante a un mal viaje de ácido. Lanzo la colilla hacia el cenicero, no atino por medio metro, y vuelvo a entrar al estudio.

Camino de una pared a otra con largas zancadas, ida y vuelta, ida y vuelta, negando con la cabeza sin saber por qué, sin saber qué estoy negando. Los faldones de la bata abierta flamean detrás de mí, agitados por el aire que desplazo, y hasta creo oír el sonido de rotura fibrosa que producen, pero quizá sea otra alucinación. Con un gruñido de hartazgo, después de veinte, de treinta paseos, tuerzo mis pies hacia el rincón, donde está el espejo que había olvidado durante meses, apoyado en-

tre el suelo y la pared. Mi cabeza se cuelga en el reflejo, pero sigo andando y es el resto de mi cuerpo, de arriba abajo, el que se va deslizando por la superficie brillante. Cuando llego hasta el rincón, me detengo. Meto la punta del zapato en el hueco que queda debajo del espejo y tiro hacia fuera arrastrándolo. Se cae con un peligroso estrépito y queda tendido en el suelo. Podría haberse roto. Encuadrado en el espejo, contra el fondo blanco del techo, está mi rostro en un acusado escorzo, y en él mi boca, que abro hasta que me chasquea la mandíbula, y después la arrugo y la distiendo como un primate loco, como un demente. Pero ni aun así consigo que se borre de ella, de mi boca, el labio inferior de mi familia, el maldito labio Mengs. Ya no cabe ninguna duda, no puedo engañarme. ¿Todo esto es por culpa de la niña?

Su llamada me ha desenmascarado. Y lo ha hecho del modo más drástico posible: ante mí mismo. Desde que tengo uso de razón, desde que el niño Eduardo dijo *no* por primera vez, he estado huyendo. Toda mi vida ha estado edificada sobre formas de huida: primero con aquellos cómics que escandalizaban a mis padres, y con los cigarrillos y las cervezas que les robaba; después con el traslado a Madrid para estudiar en la universidad, y el engaño de matricularme en Bellas Artes y no en Arquitectura, como ellos querían; con el capricho soberbio, que en el fondo buscaba seguir haciendo daño a mis padres, de no terminar la carrera y de ponerme a pintar sin preocuparme de otra cosa. Y, desde luego, también el caballo ha sido una forma de huida, la más desesperada y salvaje, la más radical, como ha dicho la niña.

Llevo toda la vida huyendo de mi familia, de lo que soy, y la llamada de la niña ha señalado certeramente

mi impostura y me ha desenmascarado. ¿Será consciente de lo que ha hecho? Pero le estoy atribuyendo una intencionalidad que no ha podido tener. Yo no soy nadie para ella, por qué iba a importarle.

Justo después de darme los buenos días, la niña ha pronunciado mi nombre completo: Eduardo Muñoz-Merchán de Rivas. No ha dicho Eduardo Muñoz, que es como he firmado siempre mis obras, como me conoce todo el mundo desde hace más de cuarenta años. Ahí ha empezado su hábil y sin embargo involuntario desenmascaramiento. Soy un Muñoz-Merchán –me ha recordado la niña–, uno más de una larga cadena que hunde su principio en la noche de los tiempos. Se terminaron las imposturas, no ha servido de nada mi incesante huida. La niña ha dicho mi nombre y luego me ha anunciado la concesión del premio, un premio sustentado por la ancestral institución que ella representa. ¡Si hasta somos familia! ¿Dónde queda entonces el esquivo y turbulento, el incómodo y malencarado artista *underground* que fui? Ante la mirada implacable de la niña, todos los velos se han caído y ha salido a la luz, pretencioso y estólido, el labio Mengs.

Aquí está, en el espejo, a mis pies. Es el mismo labio del paleta Alonso Muñoz-Merchán, así que es un labio que tiene por lo menos doscientos cincuenta años, un cuarto de milenio. ¿Quién soy yo para anular por mi voluntad, por mi solo capricho, dos siglos y medio de carne y sangre, de ciega genealogía?

Mi teléfono móvil se pone a vibrar sobre la repisa del caballete, donde lo he puesto esta mañana para cotejar unas imágenes mientras pintaba. Doy unos pasos hacia atrás para cogerlo y mi labio desaparece de la superficie

del espejo. Pero antes de llegar al caballete, el teléfono fijo suena también. ¿Por qué me están llamando a los dos teléfonos? Como no sé a cuál atender, me quedo parado a mitad de camino entre ambos. Luego caigo en la cuenta: serán los dichosos periodistas, la noticia del premio ya se habrá difundido y quieren mis primeras declaraciones.

Me cuesta tanto aguantar a los periodistas, aguantar su permanente prisa, su obtusa visión de las cosas, su ignorancia. ¿Y si no cojo ninguno de los teléfonos? ¿Y si dejo que suenen? El antiguo Eduardo Muñoz lo haría. O descolgaría y los mandaría a todos a la mierda. Aunque también es cierto que aquel Eduardo Muñoz rechazaría un premio así. Bueno, creo que no voy a responder ahora, voy a dejar que los teléfonos suenen un buen rato, y que los periodistas se cansen y cuelguen y vuelvan a marcar después. Que piensen que soy el antiguo y salvaje Eduardo Muñoz. Que me tengan miedo. Que piensen que voy colocado hasta las cejas, como en los buenos tiempos. ¿Los buenos tiempos? Solamente yo he sobrevivido a los buenos tiempos, ni Mariajo, ni Fede, ni Javier, ni Charli, ni mi pobre hermana Carmen. Están todos muertos. Ni siquiera están vivos mis padres, a quienes este premio les habría hecho sentir orgullosos de mí, por primera vez, al fin. ¿Buenos tiempos? Fueron unos tiempos horribles, unos tiempos funestos. El infierno.

Vuelvo al rincón y me asomo al espejo, que es como un pozo excavado en el suelo del estudio. Este ángulo genera una perspectiva grotesca de mi cara. Hay un autorretrato de Lucian Freud parecido, con su mirada desdenosa y su cabeza de plastilina machacada. Debió de usar también un espejo puesto en el suelo.

El teléfono móvil deja de vibrar, pero a los cinco segundos ya está llamando otro periodista. O acaso sea el mismo, idiota y terco. Parpadeo en el espejo, me paso la mano por la cara, me muerdo el labio.

Tal vez ya sea hora de hacerme un autorretrato, tal vez haya llegado el momento, ahora que veo en mí lo que verdaderamente soy, ahora que he aprendido a verme gracias a la conversación con la joven e inteligente princesa. Tal vez lo haga, sí. No es una mala idea.